

LA HISTORIA COMO CIVILIZACION Y CULTURA

I

DESDE que el magnífico Herodoto escribió deliberada y conscientemente sobre ella,¹ la palabra "historia" se ha prestado a tres diversas apreciaciones. La primera apreciación toma un sentido absolutista, y proclama que todo en el universo es histórico. Esta resulta en efecto la tendencia que anima a De Charidin cuando, tras de afirmar el iluminante concepto de génesis, conecta a la cosmogénesis, la biogénesis y la antropogénesis dentro del tiempo-orgánico.² No hay que olvidar, sin embargo, que la temporalidad del cosmos y sus entes físicos o vivientes dista mucho de la más significativa historicidad del hombre y sus obras.

Una segunda apreciación coge un rumbo menos inclusivo, aunque todavía demasiado lato, e identifica la historia con la vida global del género humano a través de 500 mil o, mejor aún, de 600 mil años, si acreditamos el nuevo cálculo de Leakey

¹ Edith Hamilton, *The Greek Way to Western Civilization*. New York, A Mentor Book, 1948, p. 93.

² P. Teilhard de Chardin, *La visión del pasado*, Madrid, Taurus Ediciones, 1958, p. 175.

en torno a la edad del más remoto de nuestros venerables antecesores.³ Pero aquí se funde, en realidad se confunde, la historia con la prehistoria sin beneficio o distinguo de clase alguna. Y es bueno advertir que, entre otras cosas, la prehistoria difiere de la historia porque entonces opera una pluralidad de hombres fósiles que tan acertadamente resume Boule,⁴ pero que viven unos tiempos inmensos y producen a grandes trechos, de manera irregular y harto oscura.

La tercera apreciación (que suscribimos junto a los historiadores profesionales) mantiene un sentido estricto,⁵ y asocia la historia tan solo a la vida y desarrollo del *homo sapiens* durante los últimos seis o siete milenios,⁶ siendo ahora que los hechos ocurren con mayor regularidad o exactitud y se torna, en general, más fácil la tarea de captar el proceso humano.

Deseamos, en cuanto sigue, ayudar a ver y entender por qué esto es verdaderamente así.

II

Nos permitimos iniciar la discusión con una ligera referencia al problema de las "dos historias". Hablar de ellas es implicar ya un contraste de esencial importancia. El francés Aron, por ejemplo, lo establece cuando alude a una *historia-ciencia* frente a una *historia-realidad* donde ésta se asimila a los sucesos originales, y aquélla a la posterior recreación escrita de los mismos.⁷

Por otra parte, la escuela alemana emplea vocablos de muy diferente textura. Con el de *Geschichte* se refiere a los acontecimientos reales, independientemente de que afecten o no

³ L. S. B. Leakey, "Finding the World's Earliest Man," *National Geographic*, vol. 118 (Septiembre, 1960), p. 422.

⁴ Ver *Les hommes fossiles*, París, Masson, 1921.

⁵ Raymond Aron, *Introducción a la filosofía de la historia*, traducción de Angela H. Gaos, Buenos Aires, Editorial Losada, 1946, p. 17.

⁶ Carlton J. H. Hayes y Parker Thomas Moon, *Ancient and Medieval History*, Nueva York, 1938, p. 38.

⁷ Aron, *Introducción a la filosofía de la historia*, p. 49.

al espectador.⁸ Y con el de *historia* designa la narración, la reconstrucción que se hace luego a base de las fuentes y los documentos. Aplicando la terminología germánica a la trayectoria de España, un notable pensador ibérico concluye que la voz *Geschichte* describe lo permanente histórico, mientras que la de historia indicará lo mudable, conforme a las "interpretaciones" que damos a los hechos pasados.⁹

En cuanto tales y nada más que tales, los sucesos de la historia no ofrecen margen a la subjetividad interpretativa. Pero la historiografía comprueba que a causa del temperamento, formación y otros factores similares en el equipo de los historiadores, un mismo acontecimiento o cadena de acontecimientos origina tantas versiones dispares y encontradas.

El golfo entre el hecho y las versiones quizás siempre quedará en pie, ya que no hay modo alguno de lograr que la historia de los historiadores reproduzca *nemine discrepante* la verdad de la historia real que fue. Mas cabe acortar la distancia a un mínimo razonable, y el historiador perfecto es aquél que se ajusta al enunciado principio, ejecutando la reconstrucción del pasado a fuerza de rigor científico, de respeto y fidelidad a la integridad sagrada de los hechos.

III

Ahora bien: la historia envuelve tres presupuestos capitales, a saber: tiempo, espacio y hombre. El espacio y, sobre todo, el tiempo, hallan su justificación dramática *vis-à-vis* el ser concreto del hombre. Porque en resumidas cuentas ¿qué sentido tendría una duración temporal sin algo humano que dure?¹⁰ o ¿qué valor poseerá un espacio completamente vacío de gente?

En historia no echamos mano de la abstracción espacio, sino que la convertimos en geografía humanizada. Se ha recor-

⁸ Rafael Calvo Serer, *La configuración del futuro*, Madrid, Ediciones Rialp, 1953, p. 22.

⁹ Calvo Serer, *La configuración del futuro*, p. 22.

¹⁰ Jaime Balmes, *Filosofía fundamental*, 2 vols., Buenos Aires, Editorial Sopeña Argentina, 1942, II, p. 101.

dado al efecto que “hace un millón de años no había ni un solo Hombre sobre la inmensidad de los continentes”.¹¹ Pero aparentemente, no estaba la geografía destinada a permanecer *inanis et vacua*, de suerte que hoy, en particular después de seis mil años de historia, ha podido añadirse que “el Hombre está en todas partes. . . El Hombre formando masa: masa compacta, ubicuista y subtotalizada; masa discordante con el resto de la vida animal. . .”.¹²

Además de llenarse de billones de hombres, el espacio geográfico se ha llenado también de las obras del hombre, vale decir, de entes culturales más numerosos y variados que él. Por lo que si es lícito reconocer con los deterministas a la Ratzel que el hombre sufre la influencia de la geografía y depende de ella como base operacional o agarre físico,¹³ es igualmente legítimo afirmar contra la tesis de hierro del determinismo que el hombre es capaz de moldear y transmutar la geografía en virtud de su libertad creadora.

No obstante la geopolítica doctrinaria,¹⁴ es innegable que la categoría tiempo define a la historia con mayor radicalidad, y aun resulta mucho más dinámica que la dimensión espacio. Ciertamente que esto ya lo sabíamos desde que el genial San Agustín¹⁵ filosofó en medio de la gran catástrofe del siglo V, aunque jamás como durante los últimos ciento cincuenta años hemos estado tan conscientes de ello, debido a la rapidez extremada y al volumen de los acontecimientos.

En abstracto, el tiempo es un pasar infinito, un perpetuo transcurrir, un constante fluir. . .¹⁶ Pero el nivel experiencial adopta un despliegue fragmentado de futuro, presente y pasado. Según el orden o mecanismo natural el futuro se des-

¹¹ P. Teilhard de Chardin, *La aparición del hombre*, Madrid, Taurus Ediciones, 1958, p. 187.

¹² *Ibid.*, p. 187.

¹³ Leonel Franca, *La crisis del mundo moderno*, 2 vols., Buenos Aires, Editora Cultural, 1944, I, p. 37.

¹⁴ Hans W. Weigert, *Geopolítica; generales y geógrafos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944, p. 77, 123.

¹⁵ Véanse *Confesiones*, traducidas por el P. Valentín Sánchez Ruiz, Madrid, Editorial Apostolado de la Prensa, 1958, p. 300 y ss.

¹⁶ Balmes, *Filosofía fundamental*, I, p. 181.

carga sobre el presente que a su vez se vierte hacia el pasado.¹⁷ El futuro es tiempo abierto a la liberatd y a la decisión del hombre, y de él (que es un “no ser todavía”) se desliga el historiador para concentrar su atención en el presente y el pasado. Mas aquí el historiador verdadero invierte el orden natural y, contrario al anticuario que estudia el “pasado por el pasado”, se interesa en el pasado a fin de relacionar sus hechos con el presente que es meta y producto del acontecer histórico.¹⁸

Así pues, la carga de lo histórico yace en el seno del pasado, y reconstruir lo que fue es dar cuenta, explicar la situación presente. A despecho de que el presente posee la historicidad, el presente dista de ser realmente historiable. No porque a ello se oponga la aducida “cuestión de perspectiva”. Lo que en puridad se opone es la “teoría de la repercusión histórica”.¹⁹ Dicha teoría enseña que el historiador visualiza los sucesos concatenados, trabados los unos a los otros en forma de antecedentes y consecuentes. Pero mal podría encontrar las consecuencias de los hechos si se dedicara a la reconstrucción de su propio presente. Ya que carecería de suficiente bulto temporal detrás de ellos para que le fuera posible el captar las apropiadas repercusiones.²⁰

El hombre es el portador de la acción y la causa primaria en la historia. Hay quienes, sin embargo, discrepan y entonces redactan historias de la economía, del arte, de las letras o de la ciencia, en completo divorcio de los hombres y pueblos que las alentaron. En vista de lo cual García Morente repara que “el arte español, por ejemplo, hállase comprendido en la historia de España; y su esclarecimiento no puede tener lugar sino den-

¹⁷ Antonio Millán Puelles, *Ontología de la existencia histórica*, 2a. ed., Madrid, Ediciones Rialp, 1955, p. 62. Este es un librito admirable, nutrido de penetrante doctrina, y no vacilamos en recomendarlo como la mejor aportación española al tema.

¹⁸ Juan Huizinga, *Sobre el estado actual de la ciencia histórica*, Madrid, Revista de Occidente, 1934, p. 132. En torno al punto, observa Millán Puelles, *ob. cit.*, p. 38, que “Todo pasado que no penetra y se acumula en el presente no es un pasado histórico, sino un puro pasado”.

¹⁹ Millán Puelles, *ibid.*, p. 133.

²⁰ *Ibid.*, p. 133.

tro de la historia de España, como una de las creaciones del espíritu español".²¹ Porque la verdad es que el arte y las demás realidades de la historia son "obras de hombres, producto de actividades libres", no cosas ajenas a la voluntad humana.²²

IV

De ordinario se hace comenzar la historia con la aparición de la escritura. Esta es, por lo tanto, la "valla" que separa a la historia de la prehistoria, que vendría a ser una historia no escrita.²³ Pero todo parece indicar que el arte de escribir precede a la historia, y no es exactamente coterminal con ella, ni mucho menos el constituyente formal de lo histórico. Más acertado va Hegel cuando, a los propósitos de su magno libro,²⁴ descarta la prehistoria como material pensable, y se circunscribe a filosofar sobre el cuerpo de la historia que empieza (no con un "estado paradisiaco" de tipo rousoniano) sino con el nacimiento del estado político. Según Hegel pues, la historia obtiene una forma política que le da estabilidad y la vuelve inteligible.

Entre las dos posturas referidas, nosotros nos inclinamos sin gran esfuerzo hacia la del sabio alemán. Excepto porque en vez de aceptar su desacreditado concepto de estado político, nos decidimos por la idea de civilización²⁵ que tiene una resonancia más noble.

Quizás antes que como "medio continuo",²⁶ la civilización opera como forma o marco de la historia. Es dentro del orden político y la paz colectiva que ese marco de la civilización im-

²¹ Manuel García Morente, *Ideas para una filosofía de la historia de España*, Madrid, Publicaciones de la Universidad de Madrid, 1943, p. 39.

²² *Ibid.*, p. 40.

²³ M. Fernández Alvarez, *Breve historia de la historiografía*, Madrid, Editora Nacional, 1955, p. 15.

²⁴ Jorge Guillermo Federico Hegel, *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Madrid, Revista de Occidente, 1953, I, p. 133.

²⁵ Equivale, en breve, a la organización política de la sociedad humana donde los límites de ésta todavía rebasan los de aquélla.

²⁶ Ver Georg Simmel, *Problemas de filosofía de la historia*, Buenos Aires, Editorial Nova, 1950, p. 246.

plica que se producen los acontecimientos y los quehaceres del hombre. Puesto que todo ello queda reflejado en las fuentes y los documentos, puede el historiador seguir paso a paso las huellas del hombre, y darnos también una reconstrucción ordenada, consecuente de lo que sucedió.

Es en cambio muy distinto cuando ocasionalmente el marco de la civilización se agrieta, se rompe o desaparece, y la historia atraviesa períodos de excesivo aceleramiento²⁷ con la originación de guerras, invasiones, revoluciones y caídas que la hacen saltar atrás, degenerando a condiciones de estilo prehistórico, o cuasi prehistórico. Estos son momentos más o menos largos de “mareo histórico”, y a causa de ellos el hombre actúa como sacado de quicio, comunicándonos la sensación de que ha perdido el contacto normal con la *terra firme* de la política que le es más afín y segura que el suelo bruto de una geografía despolitizada.

Tiempos calamitosos y ásperos, difíciles de recapturar con perfección y claridad, se les ha denominado (y no sin cierta razón) *imperio medio* en la historia de Egipto,²⁸ y *época arcaica* en la de Grecia,²⁹ *edad oscura*³⁰ de la Europa altomedieval. Frente a tales circunstancias, ya no habrá de asombrar a nadie que competentísimos historiadores excusen y salven la incapacidad de captar el hilo total de sus asuntos, recurriendo a las consagradas expresiones de “lagunas” y “silencios” documentales.

Esto parece verificar la tesis asentada de que únicamente el ajuste al marco civilizado hace tersa y eficaz la reconstrucción de la historia y que, a lo sumo, el arte de la escritura es un buen instrumento de trabajo, pero nunca el principio clave de la estructura histórica.

²⁷ Jacob Burckhardt, *Sobre las crisis en la historia*, Madrid, Ediciones Nueva Época, 1946, p. 7.

²⁸ Arnold J. Toynbee, *A Study of History*, Nueva York, Oxford University Press, 1947, p. 361.

²⁹ Heinrich Swoboda, *Historia de Grecia*, 2a. ed., Barcelona, Editorial Labor, 1957, pp. 9-30.

³⁰ Charles Homer Haskins, *The Renaissance of the 12th Century*, Nueva York, Meridian Books, 1960, p. 4.

La historia es, además y por debajo de la *historia de la civilización*, la "historia de la cultura".³¹ Al nivel de la civilización: la historia es la génesis de la ciudad, la aparición de la comunidad política y la actividad o movimiento del hombre en cuanto parte integral de ella. Es el gradual mejoramiento del gobierno y las instituciones públicas para correcta salvaguardia del derecho, la justicia y la libertad de clases e individuos. Es la extensión indirecta de la ley a las demás áreas y corrientes de la vida. Es, finalmente, el crecer de pueblos y naciones a través de las luchas armadas o a base de las relaciones y los contactos pacíficos.

Pero si la historia escrita dejara ver nada más que eso, es indudable que así sólo obtendríamos la visión de una historia a medias y a muchos su estudio les resultaría poco edificante, a fuer de monótono y desabrido. Por fortuna, y aunque la gente no se percate de ello, la historia presupone una sustancialidad característica, un contenido peculiar, de igual manera que una forma o marco propio. Dicha sustancialidad no es otra cosa que la creación reglada,³² el quehacer típico y exclusivo del hombre. Es, en una palabra, la cultura.

Pero la cultura a que nos contraemos es la cultura completa, y no la cultura incompleta del prehistórico. Pues ésta es todavía la cultura de los rudimentos, y específicamente: la baja cultura. Aquélla es, por encima de ésta, la alta cultura, o la *cultura histórica*, que ha propiciado la civilización.³³ Porque si cabe imaginar notables adelantos culturales antes de la génesis de la civilización, solamente al calor de la paz civilizada florecen los ingredientes superiores de la cultura.

Ahora bien: de la cultura completa o singular, como pedía

³¹ Miguel Bueno, *Reflexiones en torno a la filosofía de la cultura*, México, Imprenta Universitaria, 1956, p. 273.

³² Ver en Irwin Edman, *Arts and the Man; an Introduction to Aesthetics*. New York, Mentor Books, 1949; el capítulo 11.

³³ En la secuencia dinámica y causal del tiempo es primero la cultura ascendente pero inferior de la prehistoria, después el "paso a la historia" con la civilización, y finalmente la gran cultura como efecto de la vida civilizada.

Vossler,³⁴ y también de la cultura plural es que habla constantemente el historiador. Y no lo hace por la vía especial de la "historia de la cultura", que está lejos de extrañar, sino por el camino trillado, corriente de la mera historia.³⁵

Generalmente, habla el historiador del origen de la cultura, de su crecimiento y maduración, de sus avances e innovaciones, de sus tropiezos y dificultades, así como de sus apogeos, decadencia y muerte. Pero luego desciende a los detalles, y pormenoriza sobre las condiciones de la cultura económica en los planos de los negocios y las manufacturas, de la industria, la agricultura y el comercio, amén de los medios de comunicación y transporte ideados para mover e intercambiar las mercancías y los frutos del trabajo humano. Habla el historiador de la cultura ética y religiosa, de los dioses que los hombres adoran, del culto y el ritual, de las ceremonias y las danzas que los acompañan. Habla de la cultura estética de las artes y las letras, de los géneros y los estilos, de las modas y las tendencias, de la sensibilidad y los gustos. Habla, en fin, el historiador de los saberes filosóficos y de las disciplinas científicas que son como la cúspide y remate de la cultura de los pueblos.

VI

En resumen, diremos que la historia es la vida del hombre a través del tiempo. Y que éste ya no es un tiempo caótico y brumoso, sino un tiempo organizado y articulado gracias a la forma continua que es la civilización, marco dentro del que ocurren y repercuten los hechos que recoge el historiador.

Pero la historia sería poca cosa si en nombre suyo el historiador se ciñera a hacer más que el recuento de la actividad política y social del hombre. Afortunadamente, la historia es además la reconstrucción de las múltiples, variadas y ricas facetas

³⁴ Karl Vossler, *Romania y Germania*, Madrid, Ediciones Rialp, 1956, p. 157.

³⁵ Quien abrigue dudas al respecto puede salir de las mismas acudiendo a textos que ni siquiera tendrán que ser los mejores. Basta que versen sobre las principales materias históricas.

de la cultura. Cultura y culturas que son la sustancia, la carne y la parte más espléndida quizás de la historia humana.

¿Podrá olvidarlo el historiador? ¿Puede tampoco olvidar que es el hombre la causa magna y el agente libre del acontecer histórico? Tal vez pueda, aunque sólo a riesgo de embrollarlo, de falsearlo todo.